

## RESEÑAS

EZRA HEYMANN. — **El significado antropológico del lenguaje**. Anales del Instituto de Neurología. T. XIV, 1960.

En este trabajo, el autor realiza una acabada revisión del valor del significado en el lenguaje. Nos muestra como la palabra aparece como apegada a la cosa que enuncie, siendo esta vinculación entre ambas el rasgo más sobresaliente del lenguaje. En esta adhesión inmediata de la palabra a la cosa, el lenguaje no llega todavía a hacerse presente como realidad propia.

A continuación pasa a historiar la evolución del lenguaje y dice que es propio de la reflexión humana ver en la palabra un modo de designación que puede ser sustituido por otro. A propósito de esto cita a los sofistas griegos quienes afirmaban que las cosas no tienen su nombre por naturaleza, sino por convención. En este sentido, por su parte, Platón afirmaba que el pensamiento y el discurso verdadero, se basan más bien en las ideas o aspectos esenciales intuitos, que en las palabras. La palabra determinada que por sí sola es ambigua y fácilmente sustituible por otra, no parece ser suficiente ni indispensable para la comprensión de la idea.

A su vez Aristóteles, preocupado por mantener el contacto con el sentido común, busca en las formas del habla, la guía para sus investigaciones ontológicas. Sus categorías son por igual formas de la realidad del pensamiento y del habla. El nominalismo medieval, que enseñaba que las determinaciones generales de las cosas no son más que nombres, bajo los cuales se agrupan una multitud de hechos individuales, no le otorga a la palabra esencialidad mayor. El surgimiento de una conciencia histórica, más tarde, hacia fines del siglo XVIII

y en especial con el acceso de los pueblos europeos a la vida política, favoreció que la lengua que un pueblo hablaba fuera considerada como esencial al pensamiento. Por otra parte —nos dice el autor— que el estudio de las afasias desde el punto de vista neurológico-psicológico, se ha centrado en el problema de cómo se vincule la palabra pronunciada con su significado.

En este punto Heymann hace una referencia a diferentes posiciones del asociacionismo clásico de lo sustentado por James, etc., señalando que Con la fenomenología apareció el concepto de que toda vivencia es un acto que se refiere a objetos particulares dentro de nexos de generalidad mayor. La imagen será entonces un modo en el cual nos referimos a objetos en su ausencia. Esta referencia, presentación de los objetos en su corporeidad, se opera en cuanto se establece una relación imaginaria de reciprocidad corporal con el objeto y, en especial, en cuanto vivimos las virtualidades kinestésicas propias a su percepción.

Piaget señaló, por su parte, que el enriquecimiento de la experiencia de objetos del niño está regido, en su primera fase, por esquemas motores de manejo, como agarrar, agitar, lanzar, etc. Frente a este supuesto, Heymann considera que este criterio de esquemas de manejo, no es tan así, porque no se trata de simples movimientos de incorporación o alejamiento, sino que el niño explora también el ambiente y además porque el despliegue motor le permite el desarrollo de una vida de relación con lo que los objetos simbolizan, así como con su misma realidad.

Esta actividad exploratoria proporciona la experiencia de realidad e implica una relación dialógica con el objeto. El niño se vincula a la cosa experimentada con voces ya que lo propio de una palabra no es señalar solamente la presencia de la cosa, sino decir, qué hay con esta cosa; qué interés solicita, a qué contexto pertenece, qué representa. Es entonces condición del lenguaje, de la simbología

de objetos, por una actividad subjetiva, que los objetos por su parte simbolizan algo de la vida del sujeto. Y únicamente es por esta vía, a través de la figura del mundo físico de nuestra actividad en él que podrá el sujeto simbolizar su propia vivencia y con ello captarlo. Resume luego su pensamiento, diciendo que antes de estudiar por qué es la palabra el acto por el cual se instituyen significados determinados y permiten una organización del universo humano, debemos investigar de qué modo se opera en la vida perceptiva el reconocimiento. En cuanto a este concepto Piaget nos habla de “un cierto reconocimiento práctico y una cierta indentificación generalizadora”, caracteres que coinciden con la doctrina de la “síntesis pasiva” de Husserl. Claparède, por su parte, señaló que para que se dé la vivencia del reconocimiento se debe experimentar el objeto como teniendo alguna relación con el sujeto. La percepción y el reconocimiento implícitos en ella tienen una cierta reminiscencia, una reactualización de algo ya asimilado, que permite que se precise la experiencia actual. El objeto será reconocido en su totalidad, en cuanto es posible expresar la experiencia en la cual se integre y que en él se actualiza. Para una tal actividad autónoma, que exprese un objeto en su realidad objetiva y en su significación general, la voz humana tiene posibilidades únicas. Primero es el órgano del llamado, como expresión de las necesidades del niño y luego es de naturaleza comunicativa. El hecho tiene amplia repercusión en la vida de aquél ya que se trata de repetir el sonido emitido, hasta que logra controlar su emisión. Es probablemente el primer movimiento controlado y repetible, lo cual es muy significativo, en tanto la voz tiene un valor emocional. Siguiendo a Bühler —dice el autor— se suelen distinguir como funciones del lenguaje la expresión, la presentación o exposición y la apelación. Estos conceptos iluminan la esencia del lenguaje. Pero contrariamente a lo que piensa Bühler de que son funciones independientes, la voz se hace lenguaje, solamente por la unidad de los tres momentos y cada uno de ellos implica a los demás. Por su parte Merleau-Ponty, señala que la mímica vocal es comprendida, de igual manera que un gesto. Sin embargo, el significado

no se infiere, sino que aparece como encarnado en el gesto, no porque esté simplemente dado en él, sino que es comprendido en una retorta del gesto por un acto del espectador. Lo propio del lenguaje es ser una expresión articulada que diferencia unidades. Como lo dijo de Saussure, la lengua es un sistema de signos diacríticos, en el cual cada unidad significa sólo en diferencia y oposición con otras. Entre la expresión emocional inmediata y la palabra, expresión diferenciada y cuidada, se da la misma relación que entre la emoción y el pensamiento. Hölderlin habla una vez de “el entendimiento o el sentimiento organizado a fondo”. Como voz diferenciada, le es esencial a la palabra ajustarse a una norma. Todo hablante pide, como Heráclito, que se escuche no a él, sino a la palabra en su sentido —cita el autor—. No hay lenguaje hasta tanto no se ven realidades interpretadas a la luz de significados a los cuales se puede recurrir y que dicen la verdad acerca de ella. Toda originalidad del hablante consiste en descubrir alcances y posibilidades nuevas del sentido sedimentado históricamente en la palabra. Aunque se trate de una creación o invención lingüística, ella será sentida como acertada y válida solamente si interprete bien el espíritu de la lengua: el innovador presupone que será entendido. Ejemplificando esto, Heimann cita a Rilke, diciendo que la relación del hablante con la lengua heredada la podemos ver en este verso: “La reja de la lira no constriñe sus manos,/Y él obedece transgrediendo”. Al lenguaje -continúa— le es esencial la dualidad de momentos: es lengua constituida, y es lengua actual. En este sentido Merleau-Ponty ha dicho *que*: “Se trata en el habla, por una parte, de usar los medios verbales ya significantes, de tal modo que susciten en el oyente el pensamiento de una significación distinta y nueva y por otra parte, inversamente, de que la significación inédita se arraigue, para el hablante mismo, en la experiencia consolidada en significaciones ya disponibles.” Es por esta razón, que debemos afirmar la naturaleza verbal del pensamiento. Porque éste es esencialmente una interpretación de la experiencia en base a la ya adquirida, y una actualización y re-interpretación de la “síntesis pasiva” del preconcepto contenido en la palabra.

Aunque tan esencial como el hablar y el hablarse, le es al pensamiento el silencio interior, en el cual la experiencia adquiere su gravitación y su alcance; este silencio se circunscribe por la vivencia de un “yo puedo” recurrir a la palabra. Y esto deberá hacerse efectivo, so pena de que el pensamiento se extinga. No es por lo tanto una metáfora decir que el pensamiento se da encarnado en el lenguaje.

**Aída Aurora Fernández**

**ROMAN JAKOBSON. — Dos Aspectos del Lenguaje y Dos Tipos de Afasias.**

Cap. V. Los Polos Metafórico y Metonímico. (Deux Aspects du Langage et Deux Types d’Aphasies). Essais de Linguistique Générale, Les Éditions de Minuit, Paris, 1963.

Por ser la afasia una perturbación del lenguaje, todo intento de describirla y clasificarla debe comenzar por interrogar qué aspectos de la estructura y el funcionamiento del lenguaje se hallan alterados en los diferentes tipos que presenta esta enfermedad. Debemos, pues, comprender primeramente la naturaleza y estructura del modo particular de comunicación que ha cesado de funcionar.

Para Román Jakobson, las diversas variedades de afasia oscilan entre dos tipos polares: aquellas que consisten en perturbaciones de la facultad de selección entre términos alternativos, que implica la posibilidad de sustituir un término por otro equivalente aunque diferente bajo otro aspecto, y las que denotan una alteración de la facultad de combinar las unidades lingüísticas que componen un enunciado. La metáfora se vuelve imposible en la primera afección y la metonimia en la segunda.

El desarrollo de un discurso puede efectuarse a lo largo de dos líneas semánticas diferentes: un tema conduce a otro por similitud o por contigüidad. Podemos hablar de proceso metafórico en el primer caso y de proceso metonímico en el segundo, ya que uno encuentra su expresión más condensada en la metáfora y el otro en la metonimia. En la afasia uno de estos dos procedimientos está aminorado o totalmente bloqueado. En el comportamiento verbal normal son continuamente empleados ambos procedimientos, aunque una observación atenta muestra que, bajo la influencia de modelos culturales, de la personalidad y del estilo, uno u otro es utilizado con preferencia.

En un test psicológico muy conocido, los niños son puestos en presencia de un nombre y se les pide expresen las primeras reacciones verbales que les vienen a la mente. En esta experiencia se manifiestan invariablemente dos predilecciones lingüísticas opuestas: la respuesta es dada sea como un sustituto, sea como un complemento del estímulo. En el segundo caso, estímulo y respuesta forman juntos una construcción sintáctica propia, frecuentemente una frase. Se ha designado con los términos de sustitutiva y de predicativa a estos dos tipos de reacción.

Al estímulo “choza” una respuesta dada fue “quemada”, otra “es una casita pobre”. Las dos reacciones son predicativas; pero la primera crea un contexto puramente narrativo mientras que en la segunda hay una doble conexión con el sujeto choza: de una parte una contigüidad posicional (a saber sintáctica), de otra parte una similitud semántica.

El mismo estímulo produjo también las reacciones sustitutivas siguientes: la tautología “choza”; los sinónimos cabaña y casucha; la antinomia “palacio” y las metáforas “cueva” y “madriguera”. La capacidad que tienen dos palabras de remplazarse una a la otra es un ejemplo de similitud posicional y, además, todas las respuestas están unidas al estímulo por similitud (o contraste) semántico. Las respuestas metonímicas al mismo estímulo, tales como “rastrojera”, “paja”

“pobreza.”, combinan y contrastan la similitud posicional con la contigüidad semántica.

Manipulando estos dos tipos de conexión (similitud y contigüidad) en sus dos aspectos (posicional y semántico) —por selección, combinación, jerarquización— un individuo revela su estilo personal, sus gustos y preferencias verbales.

La estructura bipolar del lenguaje (o de otros sistemas semiológicos) y, en el caso de la afasia, la fijación a uno de estos polos con exclusión del otro, requieren un estudio comparativo sistemático. El mantenimiento de uno u otro polo en los dos tipos de afasia puede ser puesto en relación con el predominio del mismo polo en ciertos estilos, hábitos personales, modas, etc. Un análisis atento y una comparación de estos fenómenos con el síndrome completo del tipo correspondiente de afasia es una tarea imperativa para una investigación conjunta de especialistas de la psicopatología, de la psicología, de la lingüística, de la retórica y de la semiología. La dicotomía que estudiamos aquí se revela de una significación e importancia primordiales para comprender el comportamiento verbal y el comportamiento humano en general.

El novelista ruso Gleb Ivanovitch Uspensky (1840-1902) sufrió en los últimos años de su vida de una enfermedad mental acompañada de perturbaciones de la palabra. Su nombre y apellido, Gleb Ivanovitch, estaban para él escindidos en dos nombres distintos, designando a dos seres separados: Gleb era adornado de todas las virtudes, mientras que Ivanovitch, el nombre que liga el hijo a su padre, era la encarnación de todos los vicios de Uspensky. El aspecto lingüístico de este desdoblamiento de la personalidad se muestra en la incapacidad del enfermo de utilizar dos símbolos por la misma cosa, lo que constituye un ejemplo de perturbación de la similitud. Ya que dicha perturbación está unida a la tendencia a la metonimia, es particularmente interesante examinar la obra literaria de Uspensky

en su juventud. El estudio de Anatole Kamegulov, que ha analizado el estilo de Uspensky, confirma esta hipótesis teórica, pues muestra que dicho autor tenía una propensión particular por la metonimia, especialmente por la sinécdoque.

Por cierto, el estilo metonímico de Uspensky está inspirado en los cánones literarios predominantes en su época, el “realismo” de fin de siglo XIX; pero el temperamento propio de Gleb Ivanovitch lo inclinaba particularmente a seguir esta corriente artística en sus manifestaciones más extremas, para finalmente quedar señalado en el aspecto verbal de su enfermedad mental.

La oposición entre los dos procedimientos, metonímico y metafórico, es manifiesta en todo proceso simbólico, sea intrasubjetivo o social. Es así que en un estudio sobre la estructura de los sueños, la cuestión decisiva es saber si los símbolos y las secuencias temporales utilizadas están fundadas sobre la contigüidad (“desplazamiento” metonímico y “condensación” sinécdoque freudianas) o sobre la similitud (“identificación” y “simbolismo” freudianos) <sup>(1)</sup>.

Frazer ha reducido los principios que rigen los ritos mágicos a dos tipos: los encantamientos que reposan sobre la ley de la similitud y aquéllos fundados sobre la asociación por contigüidad. La primera de estas dos grandes ramas de la magia por simpatía ha sido llamada ‘homeopática’ o ‘imitativa’ y la segunda “magia por contagio”. Esta bipartición es en verdad muy esclarecedora, pese a lo cual frecuentemente se ha descuidado el problema de los des polos, a despecho de su enorme importancia para el estudio de todos los comportamientos simbólicos, en particular del comportamiento verbal y de sus perturbaciones.

---

<sup>1</sup> (1) Nota del traductor, Nicolás Ruwet: Se notará que esta aproximación no coincide con la realizada por J. Lacan (La instancia de la letra en el inconsciente, en *La Psychanalyse*, III, 1957); éste identifica, respectivamente, condensación y metáfora y desplazamiento y metonimia. R. Jakobson, a quien se lo hemos Indicado, piensa que la divergencia se explica por la imprecisión del concepto de condensación que, en Freud, parece recubrir a la vez casos de metáfora y casos de sinécdoque.

## C. Sopena

ROMAN JAKOBSON. — **Lingüística y Poética** (Linguistique et Poétique).  
Essais de Linguistique Générale. Les Éditions de Minuit. Paris, 1963.

Los dos principales problemas, emparentados entre sí, que se plantean a la lingüística estructural han sido señalados por Voegelin (“Casual and Noncasual Utterances within Unified Structure”): la necesidad de revisar la “hipótesis del lenguaje monolítico” y la de reconocer la “interdependencia de diversas estructuras en el interior de una misma lengua” sin duda alguna, para toda comunidad lingüística, para todo sujeto parlante, existe una unidad de la lengua, pero ese código global representa un sistema de sub-códigos en comunicación recíproca. Cada lengua abarca varios sistemas simultáneos, cada uno de los cuales está caracterizado por una función diferente.

El lenguaje debe ser estudiado en toda la variedad de sus funciones. Antes de abordar la función poética, es necesario determinar cuál es su lugar entre las otras funciones del lenguaje. Para dar una idea de esas funciones, es menester una apreciación ligera respecto a los factores constitutivos de todo proceso lingüístico, de todo acto de comunicación verbal. El remitente envía un mensaje al destinatario. Para ser operante, el mensaje requiere primero un contexto al cual reenvía (lo que se llama, también, en una terminología algo ambigua, el “referente”), contexto comprensible para el destinatario y que es, o bien verbal, o bien susceptible de ser verbalizado; luego el mensaje requiere un código, común, en todo o al menos en parte, al remitente y al destinatario; finalmente, el mensaje requiere un contacto, un canal físico y una conexión psicológica entre el remitente y el destinatario, contacto que les permite establecer y mantener la comunicación.

Estos diferentes factores inalienables de la comunicación verbal pueden ser esquemáticamente representados así:

	CONTEXTO	
REMITENTE	MENSAJE	DESTINATARIO
	CONTACTO	
	CODIGO	

Cada uno de estos seis factores da nacimiento a una función lingüística diferente. Si distinguimos seis aspectos fundamentales en el lenguaje, sería difícil encontrar mensajes que llenarían una sola función. La diversidad de los mensajes reside no en el monopolio de una u otra función, sino en las diferencias de jerarquía entre éstas. La estructura verbal de un mensaje depende ante todo de la función predominante.

**La función llamada “expresiva” o emotiva**, centrada sobre el remitente, apunta a una expresión directa de la actitud del sujeto respecto a aquello de lo cual él habla. Tiende a dar la impresión de una cierta emoción, verdadera o fingida. La capa puramente emotiva, en la lengua, se hace patente en las interjecciones. Si se analiza el lenguaje del punto de vista de la información que vehiculiza no se tiene derecho a restringir la noción de información al aspecto cognitivo del lenguaje. Un sujeto, utilizando elementos expresivos para indicar la ironía o la cólera, trasmite visiblemente una información. Para Jakobson, suponer, como Saporta, que las diferencias emotivas son elementos no lingüísticos, “atribuibles a la ejecución del mensaje no al mensaje mismo”, es reducir arbitrariamente la capacidad de información de los mensajes.

La orientación hacia el destinatario, la función conativa, encuentra su expresión gramatical más pura en el vocativo y el imperativo, que, desde el punto

de vista sintáctico, morfológico, y frecuentemente aún fonológico, se apartan de las otras categorías nominales y verbales. Las frases imperativas difieren en un punto fundamental de las declarativas: éstas pueden y aquéllas no pueden ser sometidas a una prueba de verdad.

El modelo tradicional del lenguaje, tal como ha sido elucidado en particular por Bühler, se limitaba a estas tres funciones —emotiva, conativa y referencial— correspondiendo los tres vértices de este modelo triangular a la primera persona, el remitente, a la segunda persona, el destinatario, y a la “tercera persona” propiamente dicha, el “alguna cosa” de la cual se habla. Sin embargo, hemos reconocido la existencia de otros tres factores constitutivos de la comunicación verbal, a los que corresponden tres funciones lingüísticas.

Hay mensajes que sirven esencialmente para establecer, prolongar o interrumpir la comunicación, para verificar si el circuito funciona (“Hola, ¿usted me escucha?”), para atraer la atención del interlocutor o para asegurarse que ella no se diluye (“Dígame, ¿usted me escucha?”). Esta acentuación del contacto, **la función pática**, en términos de Malinowski, puede dar lugar a un intercambio profuso de fórmulas ritualizadas, inclusive a diálogos enteros cuyo único objeto sea prolongar la conversación. El esfuerzo en vista de establecer y mantener la comunicación es típico del lenguaje de los pájaros parlantes; la función pática del lenguaje es la única que tienen en común con los seres humanos. Es también la primera función verbal adquirida por los niños; en éstos, la tendencia a comunicar precede a la capacidad de emitir o de recibir mensajes portadores de información.

En la lógica moderna ha sido formulada una distinción entre dos niveles de lenguaje, el “lenguaje-objeto”, que habla de los objetos, y el “metalenguaje”, que habla del lenguaje mismo. Pero el **metalenguaje** no es solamente un útil científico necesario al uso de los lógicos y los lingüistas; él juega también un

papel importante en el lenguaje de todos los días. Como Monsieur Jourdain hablaba en prosa sin saberlo, nosotros practicamos el metalenguaje sin darnos cuenta del carácter metalingüístico de nuestras operaciones. Cada vez que el remitente y/o el destinatario juzgan necesario verificar si utilizan el mismo código, el discurso es centrado sobre el código: “Yo no lo sigo, ¿qué quiere usted decir?”, pregunta el auditor. O el locutor: “¿Comprende usted lo que quiero decir?”. Todo proceso de aprendizaje del lenguaje, en particular la adquisición por el niño de la lengua materna, recurre abundantemente a parecidas operaciones metalingüísticas; y la afasia puede frecuentemente definirse por la pérdida de aptitud en las operaciones metalingüísticas.

Hemos pasado revista a todos los factores implicados en la comunicación lingüística salvo uno, el mensaje mismo. El encare (Einstellung) del mensaje en tanto que tal, puesto el acento sobre el mensaje por su propia cuenta, es lo que caracteriza la **función poética** del lenguaje. Esta función no puede ser estudiada con provecho si se pierde de vista los problemas generales del lenguaje y, por otra parte, un análisis minucioso del lenguaje exige que se tome seriamente en consideración la función poética. Toda tentativa de reducir la esfera de la función poética a la poesía, o de confinar la poesía a la función poética, no conduciría sino a una simplificación excesiva y engañosa. La función poética no es la única función del arte del lenguaje, ella es sólo la función dominante, determinante, aunque en las otras actividades verbales no juega más que un papel subsidiario, accesorio. Esta función, que pone en evidencia el lado palpable de los signos, profundiza por eso mismo la dicotomía fundamental de los signos y los objetos. Por lo tanto, tratándose de la función poética, la lingüística no puede limitarse al dominio de la poesía.

“¿Por qué usted dice siempre Juan y Margarita y nunca Margarita y Juana? ¿Prefiere Juana a su hermana gemela?” “No, pero suena mejor así”. Es una sucesión de dos palabras coordinadas, y en la medida en que algún problema de jerarquía no interfiere, el locutor ve, en la precedencia dada al nombre más corto,

y sin que se lo explique, la mejor configuración posible del mensaje.

Como hemos dicho, el estudio lingüístico de la función poética debe sobrepasar los límites de la poesía, y, por otra parte, el análisis lingüístico de la poesía no puede limitarse a la función poética. Las particularidades de los diversos géneros poéticos implican la participación, al lado de la función poética predominante, de otras funciones verbales, en un orden jerárquico variable. La poesía épica, centrada sobre la tercera persona, pone en juego la función referencial; la poesía lírica, orientada hacia la primera persona, está íntimamente ligada a la función emotiva; la poesía de la segunda persona está marcada por la función conativa, y se caracteriza como suplicatoria o exhortativa, según que la primera persona esté subordinada a la segunda o la segunda a la primera. Luego de esta rápida descripción de las seis funciones básicas de la comunicación verbal, podemos completar el esquema de los seis factores fundamentales por un esquema correspondiente de las funciones:

REFERENCIAL  
EMOTIVA.....POETICA.....CONATIVA  
PATICA  
METALINGÜISTICA

**C. Sopena**